

# EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos  
que explotan á los obreros.

No imitaré, vive Dios  
á ninguno de esos dos.

Lo mismo que á los farsantes  
y á los sabios ambulantes.

Pienso decir la verdad  
a toda la humanidad.

Pero suplico á *El Progreso*  
que no se asuste por eso.

Mas sin mentir ni injuriar  
ni á la decencia faltar

Pues guardo lo principal  
para *La Aurora Social*.

Y quien así no lo crea  
buen arreglo! que me le a



AÑO II PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Un año. . . . . 3,00 pesetas  
Un semestre . . . . . 1,50

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-  
rrespondencia al Administrador.

NUM 76

Pravia 12 de Julio de 1903

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS Á UN OBRERO

LXIX

Mi querido X: El Romano Pontífice nos conduce hoy á tratar una cuestión que es trascendentalísima en la materia que estamos estudiando. Por no examinarla con la serenidad con que la estudia el Papa, los socialistas y los liberales caen en errores absurdos y brutales que quisiera yo poner delante, no sólo para que huyas de ellos, sino también para que más fácilmente veas la sabiduría de la doctrina católica.

La propiedad es el derecho á poseer como cosa propia algún bien material. Hasta aquí todos estamos conformes; pero al pasar á especificar ese derecho, los liberales caen en un error monstruoso, y los socialistas, basándose en ese error, dan de bruces en otro no menos disparatado. Sólo la explicación dada por la Iglesia está exenta de errores é impide que basándose en ella otros se equivoquen.

Los liberales consecuentes con su principio de que la libertad ante todo, no quieren poner trabas al derecho de propiedad, dicen que el hombre puede hacer de sus cosas lo que le da la real gana. Por eso dicen que la propiedad es el derecho de usar y abusar de las cosas materiales. Yo tengo una tierra: pues puedo hacer de ella todo lo que se me meta en el magin. Poseo un hórreo lleno de trigo, pues soy libre para comerlo, para quemarlo, para echarlo al río, para dejarlo que se pudra, aun cuando me conste que al lado de mi casa hay pobres que no tienen qué comer, y para los cuales

mi trigo sería una salvación. Los liberales, pues, defienden la libertad completa en esto como en todo.

Que son consecuentes aplicando á la economía los principios que aplican á todas las demás cosas: á la ciencia, á la política, etcétera, nadie puede dudarlos. Para ellos la libertad es el todo; por encima de nosotros no hay nada que regule nuestros actos; el hombre, como es libre por completo en cuanto al pensar y al escribir y al obrar, así es libre para hacer de sus propiedades lo que quiera, prescindiendo de toda ley superior á las de los hombres. Si, son lógicos los liberales, pero son á la vez disparatados.

En efecto, el hombre no es aquí un ser superior, está sujeto á la moral, á los preceptos de Dios, y la moral y los preceptos de Dios no nos dejan en semejante libertad que ya por sí es un absurdo evidente.—Así como el hombre no es libre para mentir, para injuriar, para blasfemar, por más que las leyes humanas no castiguen semejantes pecados, así tampoco es del todo libre para hacer lo que le dé la gana con las cosas que son de su propiedad. Es que por encima de las leyes humanas hay otras leyes naturales y las leyes divinas. Aun cuando las promulgadas por los hombres consideraran cosa lícita el robo y el asesinato, tú seguramente no creerías que pudieses impunemente matar y robar como te diera la gana.

Por encima de las leyes económicas, como por encima de las políticas, hay leyes que nosotros no podemos olvidar mejor dicho que no debemos olvidar si es que deseamos proceder seamos como hombres. ¿Por qué se dice que tal ley política es justa? Pues porque esta conforme con la superior correspondiente, con la divina ó natural. Si éstas no existieran, todas las leyes humanas, aun las más disparatadas, serían justas pues no tendríamos con qué compararlas. Quitame las leyes

trascendentales, las de la moral católica, las del derecho natural, que ó no es nada, ó se funda en Dios mismo; quitame las leyes por el mismo Dios promulgadas y tendremos que en economía, como en todas las demás cosas, será justo lo que decidan las leyes humanas únicamente, y lícito lo que éstas permitan ó sobre lo que nada digan.

Pero eso fuera un absurdo y por tanto no podemos decir en cosa alguna que somos libres por completo.—Y en el caso presente no se puede decir, como lo hacen los liberales, que somos libres para usar como nos dé la gana de la propiedad, pues la economía tiene por encima de sí la moral. Y la moral dice que es absurdo afirmar que yo puedo lícitamente inutilizar, destruir mi horreo de trigo, si hay hombres que de ese trigo necesitan para comer.—Por eso te decía que son disparatadas las conclusiones á que llegan los liberales. Y como hemos visto que estos son lógicos resulta que son absurdos los principios en que se basan: los principios liberales.

Tuyo  
UN AMANTE DE LOS OBREROS

FÁBULA TEMPESTUOSA

XVI

A mi compañero Vigilete

Vuelvo otra vez á Esopo:  
Nunca me canso de admirar su ingenio,  
Y hoy á ti te dedico  
Uno de sus mejores pensamientos:  
Para lucirse un grajo extravagante  
Entre sus compañeros,  
Cogió las plumas de un hermoso pavo  
Y se adornó con ellas el mastuerzo.  
Al ver tanta hermosura  
Sus despreciables formas encubriendo,  
Dejando á sus amigos,  
Entre unos pavos se mezcló soberbio.  
Mas ¡ay! que su estulticia  
No salió bien con ellos,  
Y éste picando un poco y aquél mucho,  
Quitando plumas al pobrete fueron,  
Y el infelice grajo  
Encontróse al momento

Sin una sola pluma  
De las que había, fuchendosu, puesto.  
Y cuando, repulsado,  
Quiso volverse con los suyos luego  
Fué tan grande el desaire.  
Que al pobrecillo dier on,  
Que se marchó llorando, moco á moco,  
Sin hablarles un verbo,  
No sé si á Conchinchina  
O á los mismos infiernos,  
¿Has entendido el caso Manolillo?  
¿Sabes qué enseña Esopo con su cuento?  
¿Podrás decirme á quien perfectamente  
Le conviene este ejemplo?  
Pues no te digo más: que hay grajos  
O, por hablar con claridad, obreros  
Que se visten de cuotas  
Como de plumas se vistió el del cuento  
Mas ¡ay, también el día  
En que causados de ellos,  
Visto que no son propias las que lucen,  
Los otros compañeros  
Picando un poco aquél y aquél un mucho  
Dejen al descubierto  
Que quien así se encubre  
Es el pobrete grajo del ejemplo!

CICLÓN

¡Ay, ay, ay, Manolé!

Pasa con esto de los eseritos de  
Vigil lo que con las grandes maravillas del arte.

Cuanto más se examinan, mayores sorpresas descubren al observador.

Y la última siempre parece mayor que las anteriores.

Sólo que en las obras de arte las sorpresas son producidas por el genio, y son agradables.

Y en los eseritos de Manolillo, las sorpresas débense á su falta de cacumen, y son cada vez más repugnantes.

Por lo tontas.

Verán ustedes y mediten lo que ese infeliz escribió después de lo ya copiado y refinado á los tipos por los zurriaguistas, que abronxan un plato, pero á quienes Vigil no perdona:

«Y no pudiendo combatir con razones el socialismo, como lo prueba (prueban, Vigilete, que es plural) los sofismas á que acuden, y no diciendo que Vigil es un explotador que van á escribir en contra de los que decimos (¡oh!) la verdad. (¡ah! ¡ah!) al obrero?»

Pues dirán cualquier cosa menos una serie de necedades como la que suelta Vigil en las líneas copiadas.

Cuidado que es ése un párrafo en estado interesante.

Quiero decir, preñado de disparates.

Afirma en él Vigil:

1.º Que los zurriaguistas no pueden combatir con razones el socialismo:

2.º Que lo combaten solamente con sofismas:

3.º Que tienen empeño en combatir á los que dicen la verdad al obrero:

4.º Finalmente, que para combatir á esos ciudadanos sólo se les ocurre llamar explotador de los obreros á Vigil.

Estas son las cosas que Manolo afirma en el párrafo copiado.

¿Que si las prueba?

¡Vaya una pregunta!

Vigil no está obligado, como los demás mortales, á demostrar lo que afirma.

Con que él lo afirme basta para que lo crean los.....

Los necios.

Pero ya que, según su costumbre, Vigil no prueba nada de lo que afirma, aunque incluya acusaciones tan graves como las que ahí dirige á los zurriaguistas, yo, siguiendo también mi inveterada costumbre, voy á demostrar que las mencionadas cuatro afirmaciones son unas mentiras como otras tantas casas de siete pisos.

En realidad Vigil debiera probar, pues él es quien afirma. Y á mí debiera bastarme el negar rotundamente sus gratuitas afirmaciones.

Pero aunque sólo sea para demostrar una vez más que quien sin aducir pruebas me llama embustero, es un *saco de verdades*, he de cumplir lo que acabo de prometer.

Vigil falta á la verdad en todas y en cada una de las cuatro afirmaciones de su párrafo.

Comencemos por la primera: que yo *no puedo* combatir con razones el socialismo.

Detenerme á demostrar que ésta es una colosal mentira, acaso sea inútil, pero yo lo creo necesario.

Para que nadie pueda decirme que afirmo y no pruebo, como Vigil.

Digo, pues, que ésa es una gran mentira, en primer lugar porque desde mi nacimiento, ya bastante lejano en sentir de Manolillo, que me concedía tres semanas de vida, le vengo restregando por los hocicos mi famoso desafío.

Invitándole á discutir con toda seriedad el socialismo.

Y prometiéndole demostrar que es un absurdo.

Pero Vigil no responde ni acepta el desafío.

Y pregunto yo ¿quién es el que no puede combatir con razones, Vigil ó yo?

¿Vigil que no se atreve á entrar

en discusión conmigo, ó yo que le estoy invitando, á discutir seriamente el socialismo?

¿Conque no puedo combatir el socialismo con razones, y llevo setenta y tantos domingos diciéndolo á Manolillo que estoy dispuesto á demostrarle que el socialismo es absurdo en todo lo que tiene de anticristiano?

Pues si es que tan falto estoy de razones para combatir los disparates socialistas, ¿por qué no acepta Vigil mi desafío; ese desafío que le ha desacreditado por completo entre los obreros?

Pudiendo él defender el socialismo con razones y no teniendo yo ninguna para combatirlo, el triunfo sería evidentemente de Vigil.

¿Por qué no acepta éste el desafío?

Ah, porque sabe de sobra que saldrá con las manos en la cabeza, descalabrado por completo.

Porque no ignora que á mí me sobran razones contundentes para demostrar al mas lerdo que Vigil no sabe lo que es socialismo, y que éste no es cosa racional.

En una palabra, porque sabe demasiado que *puedo* combatir con razones aplastantes al socialismo.

De donde se deduce que en su primera afirmación miente Vigil. Y á sabiendas.

¿Que eso también lo dice él de mí?

Es verdad, pero yo pruebo mis afirmaciones.

Y él se contenta con hacerlas, porque no puede probarlas.

Porque son mentiras.

Además, que yo *puedo* combatir el socialismo con razones lo estoy demostrando positivamente en todos mis números.

Amenazaba Segismundo, el de *La vida es sueño*, á uno con tirarlo del balcón al mar.

Contestó éste que eso no podía ser.

Segismundo lo agarró por la *cuchera* y cumpliendo su amenaza, exclamo:

Cayó del balcón al mar: ¡vive Dios que *pudo ser!*

Quando yo digo que deseo combatir el socialismo con razones, no como Vigil combate á los curas y á los buenos católicos, el fracasado *leader* me contesta:

—*No puede ser*, no puedes combatir con razones el socialismo.

Yo le muestro mi colección y le digo:

—Mira, en todos mis números *combato* el socialismo con razones que resultan aplastantes. ¡Vive Dios que puede ser, que *puedo* con razones combatir el socialismo!

Para redondear el golpe, debiera ahora citar aquí los centenares de artículos donde con razones llevo combatido el socialismo.

Pero como mi colección no es un secreto, y como la cita de tantos artículos me haría interminable, invito al lector á que vea por sí mismo si es ó no verdad lo que afirmo.

Y me contento con citar las contundentes *Cartas á un obrero* que todos los domingos publico en sitio preferente.

Allí se combate también el socialismo con sólidas razones.

Luego la primera afirmación de Vigil es una gran mentira.

## POR NOREÑA

### II

Son tan eficaces los zurriaguistas administrados á los individuos del comité de esta villa, que bien puede decirse se halla en un estado agónico la entidad por éstos constituido ó sea el comité mencionado.

Al parecer, según oí, á algunos de los vocales no les gusta el percal. ¡Bueno será él cuando á los mismos miembros de la Junta les desagrade!

Como que decía uno de los más acérrimos defensores de la causa republicana, comentando los anteriores zurriagazos de *Pajas*, que nada tenía de extraño, que el presidente comprara una *chaqueta* pues que la vestía habitualmente. ¡Vayan ustedes viendo! Pero no me choca que no les guste el percal!

Donde hay la de los demonios es entre los que pretendían llegar algún día ó ocupar la presidencia. Están éstos que echan fuego al verse ridiculizados por los zurriaguistas, especialmente aquél de quien *Cándido* dijo que presentara como título legítimo y suficiente el haber sido envuelto en los mejores pañales del pueblo.

¡Oh! ¡Estaba con una *corajna* que le faltaba poco para morder! Y lo hubiera hecho si en aquel momento encuentra al zurriaguista que él suponía autor. ¡No le falta razón para ello puesto que entendiendo aquí la república los partidarios de ella por un *totum revolutum* en el cual quien más puede lleva el gato al agua ¿qué tiene de particular que el pretendiente á que me refiero haya presentado el título de los *pañales*? ¡Nada!... Siendo la república así, cualquier título sirve, y por eso el muy *político* del presidente no vaciló en presentarlo.

¡Fijo bien el probe! ¿Quién como él? ¡Tan linajudo y aristócrata! ¡Pero... ¡que *siguieres morena!* A los zurriaguistas les pareció esto poco, ó mejor dicho una *fatura* de las muy frecuentes en el aludido aspirante, aquello de los pañales como título para ser elegido; y si bien pensaron en disuadirle, no lo hicieron por temor á ser víctimas de los gestos y ademanes característicos, del mismo, que á la verdad espantan como si uno estuviera en presencia de un *perru rabiau*.

En defecto de esta medida acudieron á EL ZURRIAGO siendo esto lo que exasperó sobremanera al protagonista de este párrafo, lo que dió por resultado... ¿Qué resultado creen ustedes que hubo? ¿Comprarse otra chaqueta como la del presidente? ¡Ca! ¡Bailar seguidillas por miedo á aparecer en letras de molde? ¡Tampoco!

El resultado fué asustar al pobre muchacho vendedor de EL ZURRIAGO con un *quitateme delante* brusco y tremebundo, acompañado de frases no muy correctas que digamos, por el enorme delito de preguntarles si tomaba el periódico, añadiendo además: ya *zurriagaré yo*. La cosa llegó al extremo de que el chico dijo no querer vender más EL ZURRIAGO por temor á caer en manos de algún tigre.

¿Qué les parece á ustedes? ¡Estaba fiero el chico! Pues oye, pretendiente, deja, por los clavos de una *madreña* rota, ese *geniecito*, porque deseguir así, el día que llegues á enganchar el presidencial gorro frigio no será cosa fácil el limpiarte el moquillo.

A buen seguro que tus subordinados, en ese caso tendrán que hablarte por teléfono y si acaso por el telégrafo sin hilos, pues habian de tener miedo á que les *escopitases* por los alambres del teléfono.

Pues mira, pollito *ilustre*, haz el favor de no ponerte de esa manera con el vendedor de EL ZURRIAGO, porque la cosa *non ye pa tanto*.

¡Ojo con el tan: o! Si no quieres EL ZURRIAGO, déjalo. Ya sabemos que tú tienes á mengua leer periodicuchos como éste, que tu *vasta testa* exige más y trasciende á un orden más su perior de periódicos; pero, *tonitu*, eso no es motivo para que trates así á la *gente*. Ante todo el aseo.

Respecto á lo de «ya zurriagaré yo.»

No seas tan moro ni tan matón; ya sabes que en esta tierra no cuajan los andaluces y sobre todo como tú.

¡Si... ya... van... *neon que non!*

La república viene ahora porque sí. De esta suerte se expresaba otro de los vocales del comité, dando por prueba irrefutable la siguiente: «Echó Salmerón un *discurso* en Madrid que dejó bobos á todos, así que la república *non tien más remediu* que ser el mejor *gobierno!*»

¡Vaya unos vocales! ¡Vaya unos republicanos!

¡Babiecas!

La Carrera 2 Julio

CÁNDIDO

## Diálogo al vuelo

Diga usted, D. Simplicio, si usted fuese *Juez municipal*, y en el momento crítico de dar audiencia pública, unos cuantos desahogados charlaran y alborotaran en la antesala del tribunal molestando á los que estaban dentro de parecería á usted bien?

— Hombre, eso no puede parecer bien á nadie, y yo no lo permitiría.

— Pero si por su excesiva lenidad lo permitiera, y hubiese en la audiencia algún abogado en ejercicio que en molestase el ruido, ¿tendría usted que quejarse y á pedir á usted que evitase aquel abuso?

— En eso no cabe la menor duda.

— Y si después de haber llamado primera y segunda vez al orden á los alborotadores, éstos persistiesen en su actitud, ¿qué haría usted?

— Pues sencillamente les mandaría á la cárcel.

— Muy bien hecho, y á tiempo.

Pero diga usted, y perdóneme la franqueza: eso que el Juez, aunque sea municipal, podía y debía hacer con los que así faltasen al respeto al tribunal y á las consideraciones sociales, ¿no es también perfectamente aplicable al Párroco contra los espíritus fuertes y desaprensivos que en la antesala del templo, en el atrio, se entretienen en reír y charlar, precisamente en el momento crítico en que se celebran los divinos oficios ó se predica la divina palabra?

— El mismo derecho, y *aínda mais* que al Juez, asistiría, ¡ya lo creo! al Párroco y á los feligreses para impedir, sobre todo en aquel lugar sagrado, que se les perturbe en el libre ejercicio de su culto.

— Bueno, pues nada más don Simplicio. Muchas gracias por la consulta.

Y no se olvide usted de lo dicho por si alguna vez llega á ser *Juez* ó *abogado* en ejercicio.

Y sobre todo, mucho cuidado con no detenerse ociosamente y menos alborotar en la antesala de la audiencia, ni en el atrio del templo.

Si á usted no le gustan los tribunales ni los templos, no vaya á ellos cuando por fuerza no le obligan, y si va, esté usted con la compostura y respeto que aquellos lugares merecen y sin molestar ni ofender á los que allí están ejercitando un derecho sagrado.

Sr. Director de "La Aurora Social"

Muy respetable señor: En su *Aurora* de usted, que acaba de llegar á mis manos, correspondiente al 19 del actual, bajo el epígrafe «las aguas de Morcín» aparece tan burdo tejido de falsedades injuriosas, tan burdo no llamarles otra cosa, que bas-

tan y sobran para acreditar de solemne embustero á cualquier otro periódico, aunque mucho lo necesitara.

Si sólo se tratase en el escrito de referencia, de atacar á mi humilde persona sin meterse con otras respetabilísimas, que así tienen que ver en el asunto—excepto el haber procurado la concordia y armonizar los intereses de Oviedo y Morcín,—como con los Correo de Ubeda, quizá soportaría en silencio todo ese amasijo de injusticia y cieno con que intentan mancillar mi honra, pues ya hace mucho tiempo que su periódico de usted goza el raro privilegio, entre las gentes de mediana educación en adelante, de elevar sobre las estrellas fijas á quienes pretende deprimir.

Cuesta trabajo entender, señor director, que haya bajo el sol almas nacidas para escarnecer el mérito y la virtud: lo que no se entiende de ninguna manera es que esas cosas fueran atacadas y nadie las defendiese.

Además, como nunca está de sobra señalar con el dedo á los fabricantes de errores y horrores, voy á permitirme sacar á la vergüenza pública los siguientes botones que para muestra son oro de ley.

Escuche, y en adelante no crea á todo espíritu. En primer lugar, es falso de de toda falsedad que no se haya contado con los vecinos de la Piñera, directamente interesados en el asunto de las aguas. Se les citó, y también á varios de Peñerudes, con objeto de manifestarles los propósitos de Oviedo, antes de obtener la concesión, y habiendo concurrido aquellos en gran número, se discutió acerca de si debíamos oponernos ó no, quedando convenidos unánimemente en que dejando agua para un molino en toda la longitud del río no habría motivo para ello.

Creo del caso advertir que la persona, contra la cual más se ensaña *La Aurora*, ofreció dos mil pesetas, si había alguno que quisiera tomar á su cargo la oposición por los medios legales.

Antes de disolverse la junta, se señaló otro día en que debía concurrir una comisión ya designada de los allí reunidos para que unida con otra del Ayuntamiento se presentaran á D. Narciso Vaquero, Director de la Sociedad Popular Ovetense, á fin de ponerse de acuerdo.

Concurrieron en efecto las dos comisiones y los vecinos que lo tuvieron por conveniente, quedando igualmente conformes en que se dejase agua para un molino en toda la longitud del riachuelo, de suerte que pudiese moler al menos uno en las casas en que hubiese dos ó más.

Lo único que se omitió fué el toque de campanas por no estar en uso todavía; data de fecha más reciente.

Es igualmente falso que el Ayuntamiento haya hecho tabla rasa de los derechos del pueblo. La Alcaldía acudió al Sr. Gobernador, tan pronto como fué, un hecho la concesión, reclamando oficialmente se dejasen las aguas necesarias para molinos, lavaderos y abrevaderos. La primera autoridad gubernativa de la provincia contestó favorablemente reconociendo nuestro derecho y haciéndonos cumplida justicia.

Los vecinos de Piñera tienen en su poder, sin haberla solicitado, copia literal de esa resolución, y en el archivo del municipio obra la original á disposición de quien desee verla llamar embustero á todo aquel que sostenga lo contrario.

Escribe *La Aurora* que los vecinos de la Piñera no se oponen á que les lleven las aguas sobrantes. Entonces, ¿á qué se oponen? Las que necesitan las tienen concedidas, ¡y sin embargo llueve!

Del mismo modo es falso que la Sociedad Popular Ovetense haya dejado de cumplir sus compromisos, porque únicamente se obligó al arreglo del camino de Piñera á Peñerudes—unos cinco kilómetros—y á construir un lavadero, en el caso (notese bien) que el vecindario no hiciera oposición.

Porque todavía no cayeran en la cuenta de hacerla ciertos agitadores de fuera

de la localidad, se arregló el camino y el puente de la Olla, habiéndose conducido la piedra labrada al sitio en que debía emplazarse el lavadero.

En este estado las cosas, soplaron desde donde todos sabemos los furiosos vientos que desataron las tempestades que, á no tener muy en la memoria célebres precedentes de actualidad, sería difícilísimo averiguar su objeto y el apoyo que se les presta, queriendo canonizar el derecho de la fuerza.

Prosigue *La Aurora* relatando que en la Piñera se amenazó por todo lo alto. Para no acertar en nada hasta en esto flaquea. En la Piñera no sólo se amenazó sino que también se pegó y con una *foz*, y de corte y en la cabeza, y se disparó un tiro, siendo víctima de todo un pacífico joven de Peñerudes que no tenía otro delito que ser sobrino mío.

Pero á la cuenta esto no es nada: lo grave, lo gravísimo sobre cuanto se puede pensar y decir, según parece insinuar *La Aurora*, es una conversación que yo no se sabe quién ni á quién, aunque si consta que fué de noche y en el Castañedo de Argame.

Era una conversación en voz sumisa, eso sí, á pesar de lo cual se percibió que decían en sustancia: Con que la Guardia civil mate tantos ó cuantos negocio concluido.

Claro está que el que decía tales enormidades no debía de ser el Director General del benemérito Instituto (suponen que era un concejal, averigüen ustedes de dónde) porque, gracias á la divina Misericordia, allí la Guardia civil se hizo la sueca ó el sueco, y no hubo más percance desagradable que el de mi sobrino, el cual tiene la causa en un tribunal en que ni se canoniza el crimen ni se santifican atropellos.

Es muy posible que la referida conversación haya llegado á los piadosos oídos de *La Aurora* asaz desfigurado, ya que en la Piñera no hubo más efusión de sangre que la del pobre sobrino mío que no es concejal.

Veamos en qué me fundo para creer en la posibilidad de una metamorfosis de palabras.

Lo primero, porque es antigua fama de que por aquellos sitios desiertos campa la *Hueste* á su merced y talante, así es que encargaba mucho el difunto Goyapu, de veneranda memoria, que después del toque de oraciones ningún alma nacida debía subir de Soto ni bajar de la Carrera, so pena de sentir, librando bien, una *bona tripa* de *resquildu*, siendo de sobra sabido lo que el *resquildu*, ó miedo inexplicable, aumenta las cosas. Y si á lo dicho se juntase que la conciencia del oyente le arguyese que no andaba todo lo limpio que pudiera desear una lavandera, ¡caracoles si se podía atribuir al *resquildu* cualquier alteración en los *voquibles*!

A quien no satisfaga esta solución á la fábula, vamos á contarle el siguiente sucedido.

Iba por dicho punto uno de aquellos días cierto carretero que vive y bebe y está dispuesto á declararlo donde y cuando convenga: alcanzóle un muchacho de buena presencia, hecho una verdadera lástima de cansado, con el apéndice de una mojadura fenomenal. Pidió por favor que le dejase subir al carro, á lo que el otro accedió gustoso, y una vez en el vehículo, persuadido de que todo el monte sería orégano, soltó la siguiente prenda que no tiene desperdicio:

«Voy á la Piñera con una carta de mi amo (aquí citó el nombre) para que la Guardia civil no haga fuego pase lo que pase, advirtiéndome que ahora ni aquello ni lo de Riosa.» ¡Buenos son ellos!

— ¡Y obedecerán los del tricordio, repuso el otro.

— ¡Vaya si obedecerán, como que si no, da el diablo! Ahora ustedes (hablo por cuenta propia) opten por la explicación que mejor les satisfaga.

En cuanto á mí no me cabe la menor

duda que *la Aurora* oyó las terribles palabras: Guardia civil, fuego, pase lo que pase, y por eso exclama poseída de indecible indignación: ¡Querían otro Infiesto! ¡Ya sabe ella lo que trae entre manos!

En efecto se quería otro Infiesto: aquello tenía todas las apariencias de lo de Infiesto: apenas se podía concebir ni lo de Infiesto, y le imprimieron los mismos rumbos que á lo de Infiesto.

Diriase que eran dos hijos de un mismo matrimonio empeñados en curar la mancha de la mora sabe Dios cómo.

*La Aurora Social* llama poderosamente la atención sobre la denigrante circunstancia de ser yo contratista de la zanja. De los demás que tuvieron á su cargo otras partes de la obra no se acuerda. Ella sabrá la causa.

Perfectamente. Cuantos menos sean los mordidos mejor que mejor. Pero ¿qué se dice al público en eso de la zanja? ¿No se hizo á conciencia y en pocos días pagándose subidos jornales? ¡Acaso se presentaron operarios en el Centro socialista quejándose de malos tratamientos ó de que se les había quitado alguna peseta para mantener de señoritos á determinados parásitos? Pues si nada de lo dicho aconteció, cuénteselo á su abuela el amigo inspirador y mil gracias por la intención.

Sin embargo en esto como en todo lo demás en que me ocupó, *La Aurora* mientras ó le han hecho decir lo que no es.

La Sociedad Popular Ovetense ejecutó aquellas obras por administración y tuvo la bondad, que mucho agradezco, de colocar al frente de los trabajos de zanja á un hijo mío en las condiciones que les pareció convenirse, y no pasó más.

Aunque me consta que he de disgustar al dignísimo sacerdote, á quien con ensañamiento mal disimulado cita *La Aurora*, no puedo menos de consignar aquí un rasgo digno de ser conocido y, si los infames quieren, vituperado.

Mientras el semanario socialista le trataba como se ha visto, ese señor andaba por Oviedo llamando á las puertas de las casas de sus amigos y conocidos, suavizando asperezas y venciendo dificultades para obtener la libertad provisional de los presos, habiendo conseguido que un ejemplar caballero católico, para el cual hay también en *La Aurora* su dosis de veneno, ¡no podía faltar! les afianzase con crecida suma.

Bien pueden repetir uno y otro al verse tan canalescamente maltratados.

¡Perdónalos, señor, que no saben lo que hacen!

Hasta incluyen en el anatema al señor Director de *El Correo de Asturias*, por el enorme delito, nadie concibe otro, de volver por los fueros de la verdad desconocida y hollada en el asunto de las aguas llegando á insinuar que hay intereses comunes que sólo existen en la extraviada imaginación del inspirador ó inspiradores del burdo tejido de mentiras que ven refutando.

Citen esos intereses y discutiremos, á condición de que hablen en cristiano.

Entre tanto felicita al señor Director de *El Correo de Asturias*, por las caricias del caso, y queda de usted s. s. q. b. s. m.

GASPAR RODRIGUEZ

Morcín 25 de Junio 1903

¡Oh, los corresponsales de "El Progreso"!

A *El Progreso de Asturias* siempre le toca bailar con la más fea. Cuando no inserta los pedantescos trabajos de Albornoz, ó las majaderías de Estévanez, ó las insulsas lucubraciones de Altamira, Sella, etcétera ve invadidas sus columnas por las inepticias de ciertos corresponsales famosos.

Paremos mientes, por hoy, en

el señor M., quien al parecer des-  
empeña aquel importante cargo  
en la patria de los buenos quesos,  
en el concejo de Cabrales.

El Sr. M. ¡Uf! ¡Qué atroz es es-  
te cabraliego!

Les digo a ustedes con toda  
franqueza que en materia de ma-  
jadero no tiene contrarresto.

Después de contarnos por dos  
veces en el organillo de Otero,  
que en aquel pintoresco país se  
disfruta de clima sano, y de adver-  
tirnios que, no obstante tan exce-  
lentes condiciones climatológicas,  
el pueblo de Inguanzo es teatro de  
la *difteritis traqueal*, epidemia a la  
que el ilustrado articulista llama  
por tres ó cuatro veces, enferme-  
dad terrible sin duda para hacer  
morir de aburrimiento á sus *pán-  
filos* lectores, exclama con indigna-  
ción profunda y suma elocuen-  
cia:

«Inguanzo... ¡Ah! Inguanzo es  
el pueblo más antihigiénico y  
abandonado que he visto desde que  
tengo ojos en la cara.» (?)

Bueno; quiero decir, malo. Es-  
tamos enterados, Sr. M... ¿Qué  
más nos cuenta usted?

«Allí... digo, en Inguanzo todo  
revela el más punible abandono,  
en lo que á la higiene se refiere.»

¿De veras? Si usted quiere recibo  
dígame francamente y se acabó la  
conversación.

«Aguas cenagosas que corren  
por los caminos.»

Dificilillo es si están impregna-  
das de cieno. Pero... siga usted; un  
disparate más ¿qué importa á *El  
Progreso*?

«Montones de abono arrimados  
á las paredes, que exhalan emana-  
ciones capaces de derribar á un  
ejército.»

Adios, finísimo embustero. Eso  
cuentéselo usted á su abuela.

«Pozos negros y pestíferos, cria-  
deros de todos los microbios.» Si  
habrá, esto lo creo. Pues de otro  
modo constituiría un problema la  
razón de su existencia, Sr. D. M.

«Charcos de agua parada y...  
Oiga usted, tío bolonio. ¿Dónde  
ha visto en su republicana vida  
charcos de agua no detenida?

¿Usted sabe lo que son charcos?  
Nada, váyase usted al cuerno,  
digo á estudiar un poquillo de Geo-  
grafía física y déjese de continuar  
«engrosando las innúmeras legio-  
nes...» de los tontos.

Pero, conteste usted antes á  
unas preguntillas.

—De tan lamentable ausencia  
de limpieza de que es víctima el  
pueblo de Inguanzo, ¿quién tiene  
la culpa?

—«Todos, vecinos y autorida-  
des.» Estas, porque la Junta de  
Sanidad es aquí un bellissimo mito.

—Pues ahí está la púa del  
trompo, ó la madre del cordero.  
La Junta de Sanidad debe tomar  
cartas en el asunto, y suya es la  
culpa, si no lo hace. Por supuesto  
que todo esto lo digo, basado en la  
veracidad de sus informes, de la  
cual «no siempre» se puede hacer  
caudal, «toda vez que de los aser-

tos de un corresponsal de *El Pro-  
greso* y de fortuna y santidad, la  
mitad de la mitad. Ahora bien, á los  
vecinos ¿porqué se les ha de echar  
su sambenito? ¿Porqué, Sr. Cabra-  
liego?

—Porqué «tienen mucha fe y  
ésta que... es capaz de transportar  
las montañas, es la que les  
ha de librar del contagio.» ¿No se  
les ocurre á los *inocentes* «como  
hasta dos centenares de hombres  
y de mujeres, con antorchas en-  
cendidas, marchar en procesión,  
detrás de un santo... pidiéndole á  
grito herido que los libre de la epi-  
demia?»

—Pues... entonces ¿qué medi-  
das debían adoptar esas gentes,  
D. Simplicio?

—«Aquellas gentes sin duda ig-  
noran... aquel refrán que saben  
hasta los habitantes de Zululan-  
dia: A Dios rogando y con el ma-  
zo dando.»

¡Ah! señor corresponsal. Lo que  
esas gentes ignoran son los fueros  
de la represalia. De lo contrario  
miserable que cubrió con el manto  
de la burla la cristiana conducta  
de los vecinos de Inguanzo, mere-  
cería que por éstos fuese «vestido  
de arlequín con papel de colores,  
zarandeado meneado y paseado  
tres ó cuatro veces por... las aguas  
cenagosas que corren por las cami-  
nos etc. etc. etc.

Medida excelente y única para  
matar todos los microbios, bacilos  
y demás pestes de corresponsales  
causantes de la *difteritis borricol*,  
terror de los hombres de senti docu-  
mún.

## PLANCHA

En el Centro Obrero de Oviedo cele-  
bróse el Sábado 4 del actual un mitin tre-  
mebundo.

Entre otros oradores hizo uso de la  
palabra Perfecto García (a) El Federal.  
¿Qué plancha se tiró el desdichado!

Empieza diciendo Perfecto, que las  
autoridades españolas están empeñadas  
en llevar la nave del Estado por caminos  
tortuosos, por vías extraviadas. Pero,  
Perfecto de mis pecados, ¿desde cuándo  
las naves son llevadas por los caminos  
tortuosos ó no tortuosos.

Seguidamente ataca al Gobierno, por  
que procede, según él, con suma  
parcialidad cuando interviene en las luchas  
que los obreros tienen con los patronos.

«La autoridad, dice Perfecto, en vez de  
proteger el derecho, lo que hace es atro-  
pellarlo: nuestros correligionarios cuando  
no son ametrallados por el mauser, son en-  
carcelados en lúgubres prisiones.

«Pero en estos últimos tiempos, continúa  
los socialistas cambiaron de conducta;  
cuando hay una huelga se mantienen en ac-  
titud pacífica, y de este modo se libran  
del mauser, y de la cárcel, y la huelga la  
ganan igual.»

¡Hola! conque observando una actitud  
pacífica se libran del mauser y de la  
cárcel? Eso prueba que si siempre la ob-  
servasen nunca serían ametrallados.

Después de decir otras cuantas bar-  
baridades del Gobierno, el Federal se  
quedó mudo: todos dirigen hácia él la  
vista; muchos creen que se puso enfer-  
mo; pero pronto se vió que no era así. Per-

fecto había aprendido mal la lección, y  
por más que miraba al cielo y á la tierra  
no se acordaba cómo seguía. Por fin, Vi-  
gil comprendió lo que pasaba y le apuntó  
lo necesario para encarrilarlo. Al ver los  
obrerros á Vigil convertido en apunta-  
dor no pudieron contener la risa.

Perfecto con el auxilio que le prestó  
Vigil, continuó; pero en seguida vuelve á  
tropezar, y por segunda vez se queda mu-  
tis. Entonces si que la risa es tremenda;  
hasta Vigil y Varela no pueden contener-  
se y hacen coro con los demás. *El Federal*  
comprende el papel ridículo que está ha-  
ciendo; y en este aprieto echa mano del  
gastado recurso del clericalismo; pero no  
le da ninguno resultado: las risas conti-  
núan con tanto ímpetu como al principio.  
En vista de esto Perfecto se retiró dicien-  
do que se siente indispuerto.

La plancha del *Federal* no pudo ser  
más gorda, los obreros estuvieron á pun-  
to de morir de risa. Y qué comentarios  
hacían cuando el *Federal* atrancaba! Es-  
tá visto, decían, que Perfecto es un gran-  
dísimo pedante, miralo, miralo cómo tar-  
tamudea. Perfecto como zapatero no pa-  
sa de la categoría de remendón pero co-  
mo orador es un maleta.

El compañero Perfecto, á pesar de  
tener la cara muy dura, se retiró abron-  
cado á un oscuro rincón. El mitin resulta-  
ba muy aburrido pero gracias al *Federal*  
todos nos reímos hasta más no poder.

¿Cómo quedaste á los ojos de los obre-  
ros, Perfecto de mi vida! ¿Cuánto mejor  
estabas echando unas medias suelas ó  
unos tacones!

## Zurriagazos

Mal anda la organización socialista en  
Asturias.

Peró muy mal, rématadamente mal.  
Y esto no lo dice ahora *EL ZURRIAGO*.

El mismo órgano de la Federación As-  
turiana lo reconoce paladinamente, y ca-  
lifica de *difíciles los momentos* actua-  
les.

Lamentase *La Aurora Social*, de que  
«los pareceres entre los obreros que lu-  
chan contra la clase patronal se han divi-  
dido».

Y añade: «hay que volver casi á em-  
pezar la labor. A trabajar otra vez para  
volver al seno de la Asociación á los que  
la abandonaron en los recientes desas-  
tres...»

¿Lo ven ustedes?  
Ya no es *EL ZURRIAGO* solo á cantar la  
derrota de los líderes y jefecillos socia-  
listas.

También *La Aurora*  
no canta, llora  
el fracaso del castillo de naipes que ha-  
bía fabricado para dar á la religión y á  
los burgueses el golpe de gracia.

Y tan desconcertado anda ese papelu-  
cho con el desastre que se le viene enci-  
ma, que el pobrecillo no da pie con bola  
ni siquiera acierta á disimular.

Quiere fascinar con su hojarasca, más  
ó menos burda, á los obreros para que no  
acaben de desbandarse, y lo hace tan de-  
sastrosamente, que á cada paso se con-  
tradice de un modo lastimoso.

En el mismo número en que nos cuen-  
ta todo eso de tener que volver á em-  
pezar la labor y de la *disidencia de parece-  
res* entre los obreros que abandonaron la  
Asociación, con motivo de los recientes  
desastres, publica esa desgraciada *Aurora*  
un artículo de Arnao cantando victoria  
y diciendo: que la Asociación obrera allí  
se presenta ahora, después del desastre  
«con más vigor, más fuerte y en mejores  
CONDICIONES que estaba...»

¿A qué palo nos quedamos, pues?  
O miente *La Aurora*, ó miente quien  
desde Arnao le escribe.

No hay escapatoria.  
Si es cierto como dice el artículo de  
fondo de la *Escupidera* que «hay que vol-  
ver casi á empezar la labor; á trabajar  
para VOLVER al seno de la Asociación á  
los que la abandonaron en los recientes  
desastres» de Arnao y Langreo, es men-  
tira que, la Agrupación de obreros de  
Arnao esté hoy con *más vigor más fuer-  
te y en mejores condiciones que estaba an-  
tes del desastre.*

Esto no tiene vuelta de hoja.  
¿Quién miente, pues, aquí?  
¿Y para qué se miente?

¡Ah! pues se miente para engañar á los  
obrerros; para evitar esa terrible desban-  
dada que hoy se nota en las agrupacio-  
nes obreras.

Se miente para evitar lo que al fin es  
inevitable, el total desquiciamiento de  
ese tinglado socialista, que se llama aso-  
ciación obrera, y que todos sabemos ya  
lo que es en realidad.

¿Cómo cambian los tiempos!  
Al principio de sus campañas clamaba  
Vigil en sus discursos y en sus escritos  
porque los obreros abrieran los ojos y se  
ilustraran, porque así «seréis como dio-  
ses» les decía; y ahora que ve que han  
abierto efectivamente los ojos no dan con  
su soñada divinidad, Vigil hace esfuerzos  
titánicos porque cierren otra vez los ojos  
y no sigan viendo el engaño de que son  
víctimas.

Pero ya es tarde: Vigil y los suyos  
caen en los mismos lazos por ellos fabri-  
cados. El que á hierro mata á hierro  
muere.

Ya pueden echarse á temblar los obre-  
ros de Soto del Barco.

La Agrupación socialista de aquel  
concejo anuncia que *dará de baja* á los  
afiliados atrasados en el pago...  
¿Pues no es nada la que les espera!

¿Tendrán que emigrar indefectiblemen-  
te!

La mayoría de mis lectores apenas  
conocerá lo que es y representa el ele-  
mento obrero de Soto del Barco; pero si  
lo conociera al leer la noticia anterior ex-  
clamaría:  
¡Mayor fantochada!

Y ¿qué hay de los republicanos de Pra-  
via?

Pues de los republicanos de Pravia ná?  
Se reunieron, como estaba anunciado,  
en el consabido potrero, y apenas abierta  
la sesión, al dar lectura el secretario,  
Sr. Flórez, á los artículos del Reglamento,  
uno de los asistentes hizo algunas obser-  
vaciones que á todos parecieron oportu-  
nas, á pesar de que no habían caído antes  
en la cuenta los *conspicuos* de Pravia; y...  
inofensivos desahogos dando vivas á la  
República, se disolvió la reunión en medio  
del orden más completo.

Y hasta otra.  
Por lo demás sigue sintiéndose la fal-  
ta de aire respirable para los republica-  
nos.

Hay quien asegura que ya no podrán  
volver á reunirse otra vez en el mismo si-  
tio.

Se queja el dueño de la finca de que  
le destrozaron una barbaridad de forraje  
en el primer ensayo y no se muestra dis-  
puesto á consentir que se haga el segun-  
do.

Por cierto que me ha chocado mucho  
la noticia del destrozo ése causado en el  
campo del potrero.

Porque me consta que uno de los cons-  
picuos del republicanismo pravianio ha-  
bía dicho antes de la reunión; *nosotros  
vamos al potrero, pero la pación quedará  
allí para los zurriaguistas.*

Y ahora resulta, por confesión del due-  
ño del potrero, que no quedó pación!